

Cultural Diario ABC COLOR

Asunción, Paraguay, Domingo 31 de Mayo de 2009

Conmemoración del Bicentenario

Los desafíos de América Latina en la hora de la celebración de los 200 años de su independencia y de la constitución de sus Estados soberanos.

1. Introducción

Se nos ha solicitado algunas reflexiones sobre la situación de América Latina en el segundo centenario de su independencia y la constitución de sus estados soberanos. Es posible que los cambios de la organización política y económica a nivel mundial que posibilitaron la independencia de nuestros países tengan mucho de parecido, sin ser similares, en cuanto a la profundidad de los cambios de la estructura política y económica mundial en la actualidad que nos demanda nuevas adecuaciones políticas y económicas que nos permitan seguir siendo en el mundo.

La lucha de nuestros países en estos dos siglos -a pesar de los vaivenes y las dificultades en la construcción de una democracia moderna- tuvo como discurso de la acción el desarrollo y el bienestar de nuestros pueblos. Básicamente, nuestra lucha esencial, dentro de la democracia, fue la construcción de una institucionalidad en la que pudieran caber los derechos de los grandes conglomerados sociales, como ser obreros, campesinos, y, en algunos países, la inclusión del derecho de ciudadanía de los pueblos indígenas. El "populismo", de los años 30 y 40, hizo como que incorporaba a estos sectores excluidos, pero sólo a nivel discursivo, recién en los recientes años de la democracia estamos trabajosamente tratando, con contradicciones y sin grandes logros, integrar a estos sectores, pero ya desde una perspectiva distinta, a base del reclamo mismo de esos sectores excluidos. Este desafío supone trascender la inmediatez de nuestras acciones y planificar nuestro futuro en la perspectiva no sólo de estar en el mundo, sino ser parte dinámica y esencial del mundo globalizado de hoy.

2. El mundo del Bicentenario

En este Bicentenario de la independencia latinoamericana, nuestros estados nacionales están sobredeterminados por contradicciones provenientes de lo externo como desde la propia sociedad que dice expresar.

2.1. Crisis y cambio a nivel mundial

La emergencia de la profunda crisis de alcance mundial pone al desnudo las condiciones de transverberación de la economía real a la economía de especulación. La profunda transformación de las condiciones mundiales en las últimas décadas ha desembocado en el cambio de la forma de producción de las riquezas. Si hasta hace unas décadas la producción de bienes, y entre ellas, la producción material, como la industria automotriz, era la de mayor dinamismo para que en años recientes la economía migrara a una transacción especulativa de bienes y servicios, sin ninguna relación con la creación del valor en la producción cotidiana real. El liderazgo de la economía se posó en los servicios,

el sector financiero o la informática fueron los que estructuraron el dinamismo de los países centrales. La emergencia, desde 1989, de una sola potencia hegemónica mundial ha apresurado el proceso de globalización que supone una internacionalización absoluta del capital. Este proceso tuvo un doble eje contradictorio. Por un lado, las fusiones de los Estados nacionales en bloques de países, tratados de integración comercial y concentración del gran capital mediante la megafusión de gigantes transnacionales que, a su vez, conllevó a un acelerado movimiento de centralización mundial de la información y de la toma de decisiones en grandes centros mundiales, como los organismos multilaterales respecto a las políticas públicas, el manejo de la política macroeconómica de los Estados, que tiene, como resultado final el otro eje, el debilitamiento del histórico Estado nación. Esta interdependencia mundial hizo que la crisis desatada en 2008 haya producido el tembladeral económico en todos los países sin ninguna excepción. La autonomización del sector financiero del sector productivo fue una de las causas que explotara la última crisis, dentro de una crisis de largo alcance del sistema, viene a agudizar aún más el proceso de crisis que viene viviendo el capitalismo como sistema. América Latina se ve seriamente amenazada por esta crisis y con un peligro real de que su población en pobreza aumente.

2.2. La pobreza como revelación de América Latina

En este contexto, América Latina se debate ante la pobreza como el eslabón central de una concatenación general de sus problemas. La pobreza no sólo se manifiesta como pobreza misma, sino que es un fenómeno transversal que convierte a todos los problemas sociales y políticos particulares en sucedánea de ella o causa final de los mismos.

La imagen de una América rica, como el continente de la abundancia en la mirada de los miles y miles de inmigrantes europeos, asiáticos y del Medio Oriente, en toda la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, ha sido trocada por una imagen de un continente que va africanizándose por la pobreza existente. La verdad es que nunca, como hasta ahora, las condiciones de extrema pobreza alcanzaron los niveles que en este tiempo. América Latina, por primera vez, en sus doscientos años, ha dejado de ser receptora de población para convertirse en expulsora.

Según cálculos de la CEPAL, en el año 2005, los pobres en América Latina sumaban 213 millones de personas, lo que suponía el 46,6 % de la población total. 88 millones vivían en la indigencia, o sea, el 16.8% del total de la población. Estas informaciones demuestran la gravedad del problema en nuestro continente, por lo que no deben extrañarnos las explosiones sociales y la violencia, como éstas se manifiestan.

3. La concatenación de la pobreza

3.1. La inseguridad como signo de la época

Esta pobreza creciente alienta la inseguridad ciudadana. Nadie está ni vive seguro. Los ricos, buscando esa seguridad, se refugian cada vez más detrás de las altas murallas de sus barrios exclusivos, que a pesar de la vigilancia extrema son atropellados en esos mismos búnkeres. Los “secuestros exprés” han ido en aumento. En tanto que los pobres, a pesar de ser pobres, tampoco están seguros de no ser asaltados y, en algunos casos, hasta asesinados por robarles minucias, como ser un par de zapatillas o una mochila.

3.2. Crisis de gobernabilidad

La pobreza, concatenada con la sensación de inseguridad de gran parte de la población, produce profundas crisis de gobernabilidad. La violencia social ha ganado las calles y en algunos casos derribaron gobiernos sin alternativas previsibles. Se visualiza fácilmente una crisis de los partidos

políticos, así como las estructuras institucionales clásicas del Estado moderno, lo que está llevando a resignaciones institucionales, todavía difusas. A diferencia de Europa, que las clases sociales tenían sus partidos que le representaban sin ambages, en América Latina muchos de nuestros principales partidos políticos jugaban a ser partidos policlasistas, dentro de una imaginaria de unión nacional, aun cuando generalmente estos representaban a sectores económicos sociales oligárquicos. Aun así, habría que definir que tanto el liberalismo del siglo XIX como el populismo del siglo XX lograron constituirse en instrumentos de generar consenso y gobernabilidad a los regímenes políticos. Existieron también -la contrapropuesta antisistémica- partidos políticos que no mistificaban la aserción social y se reclamaban el rol de representación de los intereses clasistas de obreros o campesinos. En estos casos existía casi una simetría entre la demanda de esos sectores sociales orgánicos y sus partidos políticos en cuantos ejecutores de tales demandas. La situación en los últimos años ha modificado enormemente el comportamiento de los partidos políticos y se debate ante una merma de su credibilidad.

3.3. Ejercicio de la política/sociedad

La política en América Latina está siendo impactada por una miríada de fenómenos que dejan sin respuestas, inclusive, a aquellos políticos avezados, porque su cosmovisión quedó atrapada en una realidad en retirada.

Es inevitable que las sociedades latinoamericanas también vivan el proceso de fragmentación de la ciudadanía, como en otros lugares. Está desapareciendo la perspectiva de la visión de la composición clasista de la sociedad para fragmentarse en entidades subjetivadas. En el pasado, los negros, las mujeres, los homosexuales, los indígenas se convertían en iguales cuando eran reconocidos en cuanto ciudadano, mientras que hoy reclaman reconocimientos específicos en tanto negro, homosexual, mujer, indígena, ocupantes de lotes urbanos o rurales.

Ante ello, los partidos políticos que sólo manejan los universales de la ciudadanía no pueden responder ante un indígena o una mujer que plantea su especificidad concreta. En esta situación, los partidos políticos, que siguen haciendo la política a la vieja usanza, están menguados en su capacidad de generar los grandes cambios necesarios que demanda la nueva situación. La situación de fragmentación social se agudiza en extremo por la situación de pobreza de la población.

3.4. Política/corrupción

Otro fenómeno que crece en nuestro continente a la par de la pobreza es la corrupción de los actores políticos. Muchos de nuestros ex presidentes de la República han sido encarcelados o procesados por casos de corrupción, para no hablar de ministros o legisladores. La corrupción nos corroe por dentro y es uno de los aspectos que inhiben al Estado en las soluciones estructurales de la pobreza.

4. Los retardos de los Estados latinoamericanos

4.1. Instaurar una modernidad real que fortalezcan nuestras sociedades

A fines de los ochenta y principios de los noventa -justo cuando se iniciaba el proceso de redemocratización de América Latina-, se abrió el debate acerca de si se podía hablar de posmodernidad en América Latina, en donde se creía que la propia modernidad no se había realizado en plenitud. Esta duda adquiere verosimilitud si pensamos que la modernidad significa en lo esencial un ordenamiento sociopolítico basado en una racionalidad formal y material. Un espacio público de participación ciudadana, de convivencia democrática y donde ésta elabora o es responsable de la evolución social. Ser moderno, políticamente, significaría, entonces, coadyuvar a la racionalidad social que supone una emancipación del viejo tiempo. Ser un actor para la construcción renovadora y modernizadora de sí mismo y de la realidad social.

Caminar o recorrer hacia la modernidad supondría voluntad real de cambio de los actores políticos. Es decir, que los movimientos que deben disputar su peso específico en las propias bases con un proyecto moderno. Y esto supone racionalidad y propuesta iluminadora del acontecer social, y no ciego proyecto que no esté afincado solamente en el escenario electoral, como lo hicieron los partidos políticos latinoamericanos en las últimas dos décadas de democratización. En el proceso, tras las dictaduras atroces que vivió la mayoría de los países latinoamericanos, en las décadas de los sesenta, setenta y ochenta, se han instaurado como democracias abiertas y participativas. Sin embargo, la mayoría de estos procesos han logrado solamente elecciones libres, pero no han sabido construir sistemas que se adecuen a una configuración múltiple y diferenciada de nuestras propias realidades. La norma cultural de nuestros países es producto de una acumulación de restos de diferentes procesos y culturas. Todas esas democracias no han logrado insertar a las subjetividades -como decíamos antes- de actores sociales, que ya no sólo reclaman las igualdades, sino su especificidad como actor social. Por otro lado, no sólo está la cuestión de las subjetividades, sino que la propia estructura cultural constitutiva de nuestras sociedades tiene elementos substanciales que deben ser tenidos en cuenta. Al respecto, dice García Canciclini: “Los países latinoamericanos son actualmente resultados de la sedimentación, yuxtaposición y entrecruzamiento de tradiciones indígenas (sobre todo en las áreas mesoamericanas y andina), del hispanismo colonial católico y de las acciones políticas, educativas y comunicacionales modernas. Pese a los intentos de dar a la cultura de elite un perfil moderno y restringir la sobrevivencia de lo indígena y lo colonial a sectores populares, un mestizaje interclasista ha generado formaciones híbridas en todos los estratos sociales”. Por ello, ha sido tan destructivo el neoliberalismo económico implantado en la mayoría de nuestros países con la llegada de la democracia. Esta política ha desestructurado aún más a nuestras sociedades, porque no se tuvieron en cuenta sus particularidades. Las democracias instaladas en nuestros países, aun cuando declaraban ser participativas, no fueron más que remedos de las democracias consolidadas en países europeos o americanos.

La descentralización territorial del poder pudiera haber constituido en una herramienta válida para insertar esta heterogeneidad en un proyecto nacional emancipador, fortaleciendo a los poderes locales, respetando su propia identidad, y su forma o manera de inclusión articula a la totalidad de la nación que pudiera coadyuvar a la expansión del conocimiento no sólo en el ejercicio del poder, sino en todo lo que hace a la organización social que suponga el fortalecimiento de la participación social y la popularización del arte y la cultura. En el fondo, crear ciudadanía desde la propia realidad económica social de los actores, respetando sus particularidades y singularidades.

Pero sin embargo, la descentralización fracasó o se diluyó en nuestros países, porque se tomó como modelo, en casi todos nuestros Estados, modelos de la descentralización norteamericana, que tiene otra tradición y otra cultura totalmente diferente a las nuestras. EE.UU. de Norteamérica primero fue sociedad civil y luego Estado. En cambio, en América Latina, primero fue el Estado, y éste conformó su propia sociedad civil a su imagen y semejanza. Es decir, un poder de Estado extranjero (España-Portugal) que subyugó a los pueblos originarios, le dio su forma a través del rigor y de la imposición.

Todavía queda como desafío para nuestros países un acceso real a la modernidad que tenga su origen en la propia estructura real de nuestras sociedades, en su multiplicidad y complejidad, y no una mera sustitución de lo tradicional y antiguo por lo “moderno”, sino una nueva articulación desde la perspectiva racional de la modernidad social. Fortalecer nuestra propia identidad como lograr ser un elemento vivo y dinámico en la articulación con otros estados en pos de una alianza estratégica de unidad continental.

4.2. Construir la unión complementaria de países con miras a un bloque en el mundo globalizado

Los Estados nacionales de América Latina, en la nueva situación en el mundo, se hallan atrasadas en construir fortalezas mayores a través de la conformación de un conglomerado de países. Extraña

experiencia la de estos países, nacidos bajo el signo de la búsqueda de una confederación del Estado del sur, sin embargo, que no han cuajado en la realidad esos anhelos. Los próceres de sus independencias de España, desde Bolívar a San Martín pasando por Artigas o Rodríguez de Francia, sin olvidar a los otros héroes de la patriada americana mantuvieron el sueño de una Federación Latinoamericana sin que esos ideales se consustanciaron en una realidad concreta. Todavía sigue vigente la incapacidad latinoamericana de buscar un destino manifiesto de unidad. Aun hoy, cuando la coyuntura internacional impone esa unidad, hemos tenido poco éxito en articular bloques de países complementarios. Se ha procesado intentos interesantes, pero con pocos resultados que apunten verdaderamente en una integración armónica, capaz de generar, ya no digo desarrollo, sino soluciones ante las situaciones de crisis social y política por causa de la pobreza. Y menos aún, estructuras que pudieran fortalecer a la región para contrarrestar el poderío económico del mundo que normalmente no tiene en cuenta la problemática de los pueblos, sino sus propios intereses.

4.2.1. Un ejemplo de desarmonía

Un ejemplo de posibilidad de integración es el Mercado Común del Sur, Mercosur, conformado en 1990. En sus 19 años de existencia no ha tenido los resultados esperados de convertirse en una herramienta de desarrollo de los pueblos asociados. Se pudiera decir que el Mercosur, antes que la concreción de los anhelos de unidad y complementariedad de estos pueblos, es más bien una construcción ideada y definida por algunos sectores económicos del Brasil para beneficio propio. Se pudiera plantear que el Brasil utiliza el Mercosur en sus negociaciones con otros bloques, como la Unión Europea o los países árabes o con la China y hasta con los EE.UU. de Norteamérica, pero a nivel del bloque no asume la construcción hegemónica de integrar las propuestas de los países menores como el Paraguay o el Uruguay. Existe el convencimiento en Paraguay y en Uruguay de que en los países mayores han forzado a renunciamentos esenciales en pos de una integración, en tanto que ellos no han renunciado nada; por el contrario, han utilizado esta integración para introducir sus productos y retener el ingreso de los productos de los países pequeños. Paraguay sufre la desdicha de no tener fronteras marítimas y que su salida al Atlántico sea a través de la Argentina y el Brasil, y que por estas circunstancias se han constituido en los brazos de la tenaza que obstruye el desarrollo paraguayo.

Brasil, que hizo un esfuerzo extraordinario por desarrollar su industria y desarrollarse como país y que en estos momentos se ha constituido en unos de los países de mayor desarrollo en América Latina, pareciera que no ha aprendido todavía que la hegemonía se construye no sólo con la imposición de los intereses propios, sino en la sabiduría y capacidad de articular los intereses de los socios menores. La política brasilera todavía no pudo superar su perspectiva nacional para asumir la perspectiva continental. En estas condiciones, el ingreso de Venezuela o México al Mercosur pudiera no ser bienvenido por esos intereses.

4.2.2. La complementariedad como base de la unión de los pueblos

América Latina precisa hoy día una integración articulada en la perspectiva de constituirse en un bloque capaz de tener peso en las decisiones del mundo y hacer respetar su propia soberanía. Se hace necesario construir una política de bloque de complementariedad y no de competencia. En ese sentido, valdría la pena anotar que Paraguay y Bolivia tienen todos los elementos que pudieran ensamblarse para constituirse en ejemplos de países articulados en desarrollo complementario. Dos países sin costas marítimas son países que hoy, por hoy, están ubicados en el centro de los dos océanos; todos los caminos convergen hacia ellos y se entrecruzan en ellos, en un momento en que el paradigma dominante es la globalización y la integración en grandes bloques de países. Además, lo más importante, sus economías son complementarias, y el intercambio puede beneficiar a ambos pueblos. La unión de Bolivia y Paraguay pudiera constituirse en la bisagra de unidad de otros pueblos, que en su articulación puede fortalecer el esquema de complementariedad y forzar a los países de mayor desarrollo relativo de la región a una política conveniente a todos, y no sólo una mezquina defensa nacional que perjudica al propio país que enarbola esa política, en tanto que disminuye su propia capacidad comercial y de representación en el mundo. Ojalá que sus gobernantes comprendan este designio histórico y se pongan mano a la obra.

5. Exhortación final

Que la conmemoración de su Bicentenario sirva de ariete para que América Latina busque, como proyecto histórico de este siglo, la recuperación de su propio pueblo tal cual es y lo encamine, desde esa perspectiva hacia una modernidad que sea esencial y no mero disfraz que esconda lo esencial de lo particular de esos pueblos y, desde esa base, recuperar también el sentido de solidaridad y unidad de nuestros pueblos, ideales que soñaron nuestros próceres, como Bolívar y San Martín, sólo por citar a dos de los que combatieron y dieron cauce a la independencia latinoamericana.

Que la visión de una grande América Latina unida y comprometida consigo misma, hasta ahora postergada, pueda convertirse en realidad en este tercer centenario que vamos a transitar en las próximas décadas. Sólo así podremos vencer a la pobreza, sostener la democracia y marchar hacia la concreción del viejo anhelo de todos: el desarrollo de nuestros pueblos.

Víctor-jacinto Flecha